

# LA LEY DEL PUEBLO

*Saga El Guardián de las flores*

ROBER H.L. CAGIAO



En el Monasterio de Santo Estevo de Ribas do Sil se celebra la entrega de los premios a los gallegos del año. La noche amenaza tormenta y un hecho violento obligará a cerrar el recinto a cal y canto, con lo que todos se convierten en sospechosos. La arqueta con los nueve anillos de los nueve obispos, que el padre Afonso ha decidido proteger con su propia vida, está detrás de todas estas muertes.

La inmensidad de la Ribeira Sacra protagoniza esta trama repleta de engaños y sufrimiento en donde el «ojo por ojo, diente por diente» cobra protagonismo. Paola y su equipo tendrán que averiguar qué se esconde detrás de los pasadizos del parador que se han transformado en pasillos de la muerte. Las tradiciones, el odio, la venganza, Rosalía de Castro, Lorca, ambientan este *thriller* rural.

Cuarto volumen de la Saga de *El Guardián de las Flores*.

A Xoel (sempre)  
A Padrino (sempre no meu corazón)

«El que no se posee a sí mismo es extremadamen-  
te pobre».

RAMÓN LLUL

Os arados van e vén  
dende Santiago a Belén.  
Dende Belén a Santiago  
un anxo ven en un barco.  
Un barco de prata fina  
que trai a door de Galicia.  
Galicia deitada e queda  
transida de tristes herbas.  
Herbas que cobren teu leito  
e a negra fonte dos teus cabelos.  
Cabelos que van ao mar  
onde as nubens teñen seu nídio pombal.

*¡Érguete, miña amiga,  
que xa cantan os galos do día!  
¡Érguete, miña amada,  
porque o vento muxe, coma unha vaca!*

*FEDERICO GARCÍA LORCA, 1935  
(Seis Poemas Gallegos, Nos)*

# I. SANTO ESTEVO DE RIBAS DO SIL

*«Quería dar las gracias a todos los que me habéis considerado digna de este premio, que hoy como comisaria, como policía, como gallega y como mujer tengo el honor de recibir...»*

La luz se apagó, y el eco de la voz de Paola Gómez, voló por un momento por el cielo orensano. Todos los focos se cegaron, y solo el rumor de las más de cincuenta personas reunidas en aquel acto rompía el silencio. Paola empezó a mirar a todos lados en busca de su compañero, el inspector Costoya, y lo vio muy a lo lejos, casi al final del claustro. Lo reconoció por su cojera y su nueva gabardina negra.

Dejó los papeles en el estrado, sin darse cuenta de que el viento los haría desaparecer en apenas segundos. De repente, a lo lejos, se escuchó un grito afilado, de esos que te parten el alma. Paola corrió, intentando no tropezarse con el resto de los invitados, que aún pugnaban por reconocerse unos a otros, en la penumbra de la noche de aquel frío veintisiete de febrero en el Monasterio de Santo Estevo de Ribas do Sil, lugar de entrega de los premios a los gallegos del año.

No estaba preparada para la acción. Había escogido tacones y un vestido largo, apropiados para la gala, pero muy poco para una persecución, así que, como pudo, consiguió seguir los pasos de su inspector jefe, que la llevaban a la parte exterior del monasterio y en concreto, a la Iglesia adyacente. Entró, alumbrándose con el teléfono móvil, atenta a cualquier movimiento extraño, y vio cómo Costoya pasaba directo a la sacristía. Pensó si era una broma o todos los misterios del mundo tenían algo que ver con la Santa Iglesia Católica.

—¿Está muerto? —Costoya le tomaba el pulso a un joven de menos de veinte años, tirado lateralmente sobre la fría piedra de la sacristía—. La miró y sonrió.

—No, solo está inconsciente. —Se levantó a duras penas y señaló un objeto que estaba tirado al lado del chico—. Debieron golpearle con eso. —Paola hizo el gesto, pero se dio cuenta tarde de que había dejado el bolso en la silla, antes de levantarse para dar el discurso. Tendría que volver a por él antes de tocar aquel cáliz.

Miró a un lado y vio una puerta abierta que conectaba directamente hacia una zona de paso. Desde allí, se comunicaba con las escaleras y por lo tanto con todo el monasterio. En ese momento, los servicios de seguridad de Santo Estevo se acercaron a ellos. No pudo enseñarles la placa, pero todos la conocían. Los miró seria.

—Hasta que sepamos quién ha golpeado a este chico, lo mejor será que cerremos todas las puertas. Que nadie pueda salir del recinto. Cuanto antes, por favor, el que lo ha hecho ha salido por aquí. —Señaló la puerta—. Así que aún tiene que estar dentro. —El guarda habló por su radio y dio la orden. Mientras, Costoya pedía una ambulancia para el joven.

—Será mejor que esa ambulancia llegue pronto o no podrá salir de aquí. —Paola miró al hombre extrañada. Él continuó.

—¿No han visto las noticias? —Ante la negativa gestual de los agentes, se explicó—. Se acerca una tormenta de las buenas y la previsión es que lloverá sin parar durante toda la noche y parte de mañana, así que no será muy conveniente andar por la carretera. —En ese momento apareció un hombre vestido de etiqueta. Personal del hotel, supusieron. Se presentó, después de llevarse las manos a la cabeza al ver al chico tirado en el suelo.

—Espero que...

—Tranquilo, solo está inconsciente, ya hemos pedido una ambulancia.

—Me llamo Casiano y soy el director del parador. Nos conocimos antes. —Paola lo recordaba de la recepción del hotel—. ¿Qué ha ocurrido?

—Parece que alguien le ha golpeado con el cáliz y ha escapado por esa puerta. —Miró hacia allí con los ojos muy abiertos.

—¿Y las llaves?

—¿Qué llaves?

—Las llaves de esa puerta solo las tiene el párroco, Don Afonso. O en su defecto el aquí presente, el sacristán.

—¿Este chico era el sacristán? —Era algo que suponía, pero requería cierta confirmación.

—Sí, es Emilio. Lleva años siendo el sacristán de Santo Estevo.

—Entonces suponemos que el que atacó a Emilio se llevó las llaves.

—Eso es, y es que solo hay otras copias de esas llaves y están en nuestro poder. Tendría que comprobar si siguen en su sitio.

—¿Y por qué querría alguien adueñarse de esas llaves? —Casiano miró a su alrededor para intentar explicarse.

—Verá, comisaria, la iglesia solo comunica al parador por esta puerta y no existe ningún control, el que accede desde aquí puede tener libertad total por todo el monasterio,

por las habitaciones de los clientes. Es muy peligroso, por eso solo existen esas dos copias.

–Interesante. Bien, lo primero, señor Casiano, compruebe dónde están esas otras llaves, para confirmar que han robado las de la iglesia. Por otro lado, sería bueno tranquilizar al resto de los asistentes a la gala y pedirles que comprobaran sus pertenencias, así como sus habitaciones por si falta algo. Si prefiere lo haré yo misma.

–Se lo agradecería, seguro que le hacen a usted más caso que a mí.

–El caso es que no podemos dejar a este chico aquí, solo, al menos hasta que lleguen los sanitarios. –Costoya ya se había agenciado una manta que le había puesto por encima a Emilio, el sacristán.

–Yo me quedaré, y los de seguridad, no se preocupe, nosotros nos encargamos.

–Y si se despierta corra usted a avisarnos, para intentar saber si recuerda algo del ataque.

–No lo dude, comisaria. Eso haremos.

–Y ya se lo he dicho al guarda, cierren la salida del monasterio, que nadie pueda escapar. El que lo ha hecho está dentro aún. Y en cuanto salga la ambulancia, selle también esta puerta, la de la iglesia.

Salieron a la calle, la iglesia daba directamente a mano izquierda a un pequeño cementerio, al frente una gran zona empedrada utilizada como aparcamiento y a la derecha, a la fachada del monasterio. La puerta aún estaba abierta, pero custodiada por dos personas de la organización del hotel. Costoya encendió un cigarro. Paola lo miró. Él lo hacía un poco más arriba.

–¿Estás intentando comunicarte con el altísimo? –Negó con la cabeza.

–No, comisaria, estoy viendo esos pedazos de nubarrones y me da a mí que ese guarda tenía toda la razón, se avecina tormenta, va a ser divertida la noche. Me da que

será mejor que apuremos con esa charla porque por mucha carpa que tengamos esto no tiene buena pinta. –Le dio a la cabeza y le sonrió—. Ir con usted a cualquier sitio es aventura segura. Vacaciones con Paola. –Le dio una colleja.

–Venga, pasa para dentro anda, te voy a dar yo a ti aventura. –Un relámpago iluminó el cielo orensano y de nuevo se fue la luz en Santo Estevo de Ribas do Sil. Las tinieblas se hicieron visibles ante sus ojos, como una visión. *Rompe co tabaco*, pensó Costoya.

–No gano para sustos, no gano para vicios, así nunca llegará la jubilación.

## II. LA TORMENTA PERFECTA

Paola volvió a subir al estrado y empezó a llamar la atención de la gente que se arremolinaba en torno al claustro. Además, Costoya fue a avisar al resto a la cafetería, que en ese momento estaba a todo trapo. En cuanto se fueron acercando comenzó a hablar.

–Primero, quiero pedirles calma a todos. Ha habido un ataque en la zona de la sacristía, nada grave, pero el que lo ha hecho sigue entre nosotros. Por eso les vamos a pedir dos cosas, la primera, que vigilen todos sus enseres y vean si les falta algo y la segunda, que en cuanto terminemos suban a sus habitaciones y revisen a conciencia. Si les falta algo, les ruego nos lo comuniquen al inspector Costoya o a mí. –Empezó a llover sobre la carpa instalada en el claustro de Os Cabaleiros. Paola miró al cielo, solo veía oscuridad–. Esta noche nadie podrá salir del recinto salvo emergencia mayor, y cualquier cosa estamos aquí para atenderles. –Diluviaba de tal manera que la gente se movió instintivamente hacia los pasillos. Caían sillas, botellas, por un momento a Paola le recordó a la imagen de aquel video de *Guns N' Roses* en el que se escenificaba una boda convertida en tragedia. Vio a Costoya subir al estrado y cómo le echaba la cazadora por encima. Se estaba empa-

pando y ni se había dado cuenta. Bajó las escaleras y la luz se fue de nuevo. La oscuridad, unida a la descarga eléctrica en aquel paraíso de la Ribeira Sacra, era una imagen no apta para enfermos del corazón. Se acercaron a la cafetería, que estaba justo detrás del estrado, mientras veían cómo el resto de los invitados subían rápido a sus habitaciones. Paola miró a Costoya.

—Al menos son *guiadiños*.

—En cuanto dijiste lo de las pertenencias a más de uno le hicieron los ojos chiribitas.

—Es que estamos hablando de una gala, aquí hay gente con mucha pasta. Famosetes, políticos, artistas...

—Y justo cuando te están dando el premio a ti se produce la agresión. Simple casualidad, ¿o no?

—Espero que solo sea casualidad, Costoya. No me jodas, que ni un premio puedo recibir en paz.

—Tu vida no está hecha para la tranquilidad, asúmelo, y vivirás más años. —Lo miró sonriente. Pidieron dos cafés dobles, necesitaban estar despiertos. La noche no había hecho más que comenzar. La luz volvió a irse. El camarero exclamó un exabrupto. Era un ir y venir continuo. Se iluminaron con el móvil.

—Para el ladrón no hay mejor hábitat que este, rodeado de oscuridad, cortes de luz, misterio... —De repente un hombre entró corriendo y los buscó con la mirada.

—Disculpen la interrupción, me llamo Demetrio Luna y necesito hablar con ustedes. —A pesar de la oscuridad, las balizas de emergencia hacían que se pudiera andar y comunicarse entre tinieblas.

—Siéntese, Demetrio y cuéntenos, ¿qué ha ocurrido? —Se sentó y con él, otra vez, volvió la luz.

—He subido a la habitación, tal y como dijeron, y cuando estaba a punto de entrar en el pasillo he visto a un monje salir de ella, le grité, pero salió corriendo hacia el otro lado.

—¿Un monje? Pero aquí ya no hay monjes. —Afirmó.

–Por eso me extrañó, y supuse que podía ser ese hombre que estaban ustedes buscando, el que atacó al chico.

–Paola miró extrañada a Costoya. Este tomó la iniciativa.

–Subiré a echar un vistazo, déjeme la tarjeta de la habitación. –Paola afirmó con la cabeza mientras seguía el interrogatorio.

–¿Le vio la cara, algo que pueda decirme?

–No, iba encapuchado y llevaba un hábito antiguo, de una pieza, con un cinturón de cuerda. –Paola se quedó pensando dónde había visto antes aquella figura del monje.

–¿Ha revisado la habitación por si le faltaba algo?

–Sí, la maleta estaba toda revuelta, pero no falta nada. Estoy seguro.

–¿Qué podría querer de usted, señor Luna?

–Es que no tengo ni idea, comisaria. Verá, yo soy actor y como usted, venía aquí a recibir el premio de gallego del año, no sé, como no buscara dinero pensando que los actores ganamos una pasta...

–Pero no es así...

–No, ni por asomo, cuando trabajamos todo va bien, pero luego nos pasamos muchas épocas de ostracismo y, o guardas, o no tienes. Así que dinero, el justo y en la maleta solo traía ropa para cambiarme, había pensado en hacer una ruta por los cañones del Sil mañana, nada extraño.

–Lo que no entiendo, señor Luna, es que, si las habitaciones son de tarjeta, ¿cómo ha entrado ese hombre? –Luna se encogió de hombros. El camarero trajo los dos cafés y se disculpó por la tardanza. Costoya bajaba en ese momento.

–Nada de nada. A simple vista. Necesitaríamos analizar huellas y demás, pero claro, la cosa está difícil. –Paola lo miró.

–Pero no imposible. –Cogió el teléfono y salió un momento de la cafetería. Costoya se quedó a solas con Demetrio Luna.

—Le va bien con el personaje ese de Román. —Costoya se había hecho un máster en cinco minutos de la filmografía del joven actor. Él sonrió, halagado.

—Sí, inspector, me alegro de que le guste. Nunca había hecho de malo, la verdad, pero para ser actor hay que hacer de todo.

—¿Y esto? —Demetrio se puso rojo como un tomate y Costoya supo que acababa de descubrir su mayor secreto.

—No diga nada, por favor, es que este es un mundo difícil y bueno, solo son para estar activo.

—Pastillas para estar activo, ya. Drogas. —Demetrio se pasó las manos por la cabeza, avergonzado—. Pues se ve que nuestro monje no es muy de «activarse» porque las dejó donde estaban escondidas, y dudo que si estaba buscando algo no las viera. ¿Algo más que nos oculte?

—No, se lo juro. No tengo ni idea de qué buscaba ese hombre en mi habitación.

—¿Ha venido solo?

—Sí, no tengo pareja así que preferí venirme solo y ya conocería gente. —Paola volvió a la mesa.

—Será mejor que vuelva a su habitación y permanezca allí, si vuelve a ver u oír algo raro, háganoslo saber. —Demetrio Luna afirmó y salió por el pasillo en dirección a las escaleras. Paola vio la bolsita en la mesa y la señaló.

—¿Drogas? —Costoya afirmó. Lo miró alejarse y negó con la cabeza.

—Una pena que necesiten estas cosas. Son jóvenes, deberían estar repletos de energías. ¿Por el resto nada?

—Es un pobre diablo, no sé qué buscaba ese monje allí, pero debió equivocarse de habitación.

—Eso, o está buscando algo que no sabe dónde está, así que va a ciegas.

—Habrá que estar atentos, comisaria.

—Tengo una buena noticia, hay una persona que, si consigue superar la tormenta, estará con nosotros esta noche.

–¿Quién? No me dejes con la incertidumbre.

–Milo, nuestro forense del Guardián de las Flores. Está trabajando en el hospital de Ourense. He hablado con él y con Palau y han dado el okey, ahora solo queda que llegue.

–Eso es un notición, aunque fuera solo por verlo y darle un abrazo, ¡hay que celebrarlo! –Costoya llamó al camarero y pidió dos 1906. Paola le puso cara de circunstancias. Aún no había acabado el café. Él le pellizcó un moflete—. La vida se lleva mejor si es con un poco de felicidad.

–Si tú lo dices, inspector, tu experiencia vital te avala.

–¿Me estás llamando viejo?

–¿Yo? ¡Válgame, Dios! Nunca haría una cosa así. –Rieron, brindaron, quizá sería el último momento de tranquilidad que tendrían.

–¿Te has dado cuenta de que ese chico, Demetrio, no es trigo limpio? –Costoya la miró y a la vez lo hizo a la bolsita que seguía encima de la mesa.

–No, no por eso, su primera frase ha sido referida al hombre que buscamos diciendo: *por el ataque al chico ese*. –Costoya encendió la luz de su cerebro. Tenía razón—. Yo en ningún momento dije que fuera un chico. Y dudo que le diera tiempo a hablar con nadie.

–Pudo ser simple casualidad.

–Puede, o no. Pero no dejemos de investigarlo. Por el momento he pedido a Alba que me mande un informe.

–Yo solo he visitado la Wikipedia. –Paola se rio.

–Hay que informarse, como sea. Anda, acaba esa cerveza que tenemos que ir a ver al director y ver si hay novedades.

–A sus órdenes, jefa.

El cielo seguía chispeando y el agua arreciaba cada vez con mayor fuerza, al menos parecía que los cortes de luz estaban solucionados, por ahora.